

L. Tolstói El servicio militar

Quiéren hacernos esperar a que, las dificultades que surjan entre los gobiernos sean resueltas pacíficamente por los tribunales internacionales de arbitraje. Pero yo creo que los gobiernos no tienen ningún interés en que los conflictos se resuelvan pacíficamente: al contrario, son ellos los que buscan medios para suscitarlos, pues esto justifica el mantenimiento de los ejércitos que aseguran su dominación.

Los amigos esclarecidos de la paz buscan simplemente el apartar a la masa obrera del único medio que podría emanciparla de la esclavitud en que se mantiene primeramente, inculcándole desde la infancia el sentimiento del patriotismo; después por medio de la religión, valiéndose de los sacerdotes, que para este efecto son mantenidos, y últimamente por la amenaza de los castigos.

Pero la mentira patriótica que nos hace creer que nuestra nación es superior a las otras naciones, ese sentimiento que nos arrastra a guerras inútiles y nefastas, es una mentira que resulta evidente hoy que las relaciones pacíficas de vida entre los pueblos resultan cada vez más fáciles.

Del mismo modo la gente se deja seducir cada vez menos por esa mentira religiosa que exige el juramento de fidelidad, cuando el Evangelio, reconocido por el gobierno como un libro santo, prohíbe el juramento.

Sólo el miedo a los castigos es lo que impide que la gran mayoría de las gentes se niegan a empuñar las armas. Pero este temor no es igualmente más que el resultado de la mentira, en la que el gobierno mantiene a la masa: un puro efecto de sugestión.

El gobierno teme más que a nadie a los que se niegan al servicio militar. Cada negativa atenta al prestigio del embuste en el que mantiene el gobierno a sus súbditos. En cambio, los rebeldes al servicio militar no tienen ninguna razón para temer al gobierno. Negándose a tomar las armas, se corre menos peligro que empuñándolas. Frecuentemente, las penas en que se puede incurrir son la prisión o el confinamiento, y esto, en cierto modo, es una seguridad de librarse de los peligros de muerte del servicio militar.

Entrando en el ejército se corre el riesgo de hacer la guerra, de encontrarse en las condiciones más penosas, de ser mutilado o muerto, alternativas que se diferencian muy poco de las que sufre un condenado a pena capital. Yo he sido testigo en Sebastopol, durante la guerra de Crimea, del envío de un regimiento a un bastión donde poco antes dos regimientos habían sido exterminados. Y este tercer regimiento permaneció en el sitio de peligro hasta que todo su efectivo cayó bajo las balas.

Y aun en el caso feliz de no ser muertos los soldados en el campo de batalla, pueden caer enfermos y morir a causa de las malas condiciones de la vida militar.

Puede igualmente ocurrirles, que ante el ultraje que les infiera un superior no puedan contenerse y respondan con una grosería, medio seguro de atraerse un castigo mucho más grave que el que les hubiera valido su resistencia a servir.

En fin, lo mejor que puede sucederles es que, en vez de ser encarcelados o deportados como refractarios al servicio militar, vivan durante tres ó cinco años en el medio penicioso del cuartel preparándose para el asesinato; y allí no serán más libres que en la cárcel, y sufrirán la humillante sumisión de obedecer a hombres perversos.

Además, si una gran mayoría sigue el ejemplo saludable de negarse al servicio, los refractarios podrían contar con la seguridad de que esa rebeldía quedase impune. El gobierno no encontraría personas para imponer el castigo a los que se resistiesen a su mentira. El número de las gentes que aún viviesen engañadas, sería insuficiente para la represión de los que se negasen a participar de las violencias.

La sumisión al servicio militar es, pues, una especie de hipnotismo: el salto en el agua absolutamente inútil y peligroso de los borregos de Panurgo.

La ley es al pueblo, lo que los gritos al presidario.

NUESTROS EDITORIALES

De nuestra Redacción en la Cárcel

Apología burguesa o los burgueses techan su casa

La marea echa al costado los residuos. Y caen sobre la costa, mezclados con otra multitud de cosas, los leños vueltos fofos por el agua, que son tan insertibles que ni para hacer fuego se pueden utilizar. Es la obra de purificación del mar; lo libertado por las ondas libertado por resaca es; cuando cesó la vida que les permitía sostenerse, de ambular en su seno, el mar arroja a montones conchas y caracoles... No se puede construir nada noble con resacas; no se puede ni alimentar una hoguera, si acaso es necesario hacer un fuego dónde calentar o alumbarse...

Periodistas y escritores burgueses, sin embargo, buscadores incansables de perlas o muestras burguesas en todas las playas — aún las azotadas por los mares — se apresuran a recoger como un precioso hallazgo los leños o resacas devueltos por estos mares, que son para ellos como el limo fecundante... Los realzan lo que es posible, pues les ofrecen la oportunidad espléndida de imponer contra el socialismo o anarquismo — cuyos mares temerosos desearan ver secados o golpeando sin fuerza ninguna en las rocas o acantilados que excitan sus iras — sus credos de religión de cendúculo. Lo más precioso ha de parecerles lo parecido a ellos; esto es indudable. Y parados al borde del socialismo o anarquismo, éstos les devuelven lo parecido a ellos; pero lo devuelven como resaca, como un leño fofó, que si para abono de las burguesías sirve, no sirve para construir nada noble ni para alimentar una hoguera... Socialistas o anarquistas — según ellos — con esta devolución quedan descabezados; sólo pueden contener en adelante las inflexibles bajas aspiraciones y el cesarismo inquebrantable de las masas en su deseo de justicia y libertad para ellas: precisamente

lo más malo, lo que hace dichos mares temerosos y completamente ajenos a la religión del cendúculo...

Queda mucho que decir respecto de la liberación de los rectificadores. O no son ya o no han sido nunca; por eso es una liberación... Mientras el caracol o la concha tiene la vida marina, no siente opresión, sino placer en estar en el seno del mar; recién cuando esta vida cesa son arrojados como detritus y su devolución puede ser considerada una liberación. Lo que hay de verdad es que con cada rectificador los burgueses techan su casa. «Ahí va eso», dicen los socialistas por Palacios, puesta la mano en la palanca de la catapulta; ahí va ese fardo: es un burgués más que los otros y que se bate en duelo como un Fierabrás... «¡Ven, temerosos del socialismo o anarquismo!» — se apresuran a recoger como un precioso hallazgo los leños o resacas devueltos por estos mares, que son para ellos como el limo fecundante... Los realzan lo que es posible, pues les ofrecen la oportunidad espléndida de imponer contra el socialismo o anarquismo — cuyos mares temerosos desearan ver secados o golpeando sin fuerza ninguna en las rocas o acantilados que excitan sus iras — sus credos de religión de cendúculo. Lo más precioso ha de parecerles lo parecido a ellos; esto es indudable. Y parados al borde del socialismo o anarquismo, éstos les devuelven lo parecido a ellos; pero lo devuelven como resaca, como un leño fofó, que si para abono de las burguesías sirve, no sirve para construir nada noble ni para alimentar una hoguera... Socialistas o anarquistas — según ellos — con esta devolución quedan descabezados; sólo pueden contener en adelante las inflexibles bajas aspiraciones y el cesarismo inquebrantable de las masas en su deseo de justicia y libertad para ellas: precisamente

«Te esperábamos, hermano: ¡eras uno de los nuestros y has probado que en ese fanatismo no es posible disfrutar de libertad. ¿Ves? Techo mi casa, pero eres: aquí serás lo que quieras, te batirás cuanto quieras; no tendrás censuras y no sufrirás tiranía. Todos nosotros somos así y vivimos una alta vida ficticia, superada en extremo... Tu venida es nuestra fiesta; no te podíamos ver ausienciando ideales de esa canalla, que también quería prohibirte el duelo, desconociendo que tú eras caballero y tu moral es la de los burgueses...» Cuando el burgués aplaude, ¿qué es sino que el burgués gana? Socialistas o anarquistas, empuñados en hacerle perder, cuanto más piedras o adonquinos le bagan tirar, más seguros deben estar de permanecer y ser rectamente lo que dicen ser.

T. Antill.

Crónicas Internacionales

De todas partes

Verdades de Italia

No puede ser de otro modo! La semilla que sembramos forzosamente ha tenido que ser fecunda. Y ya vemos los frutos, frutos de una cosecha buena y de gran valor para los anarquistas.

A pesar de que el telégrafo ramplón, vendido, nos quiere hacer creer que en Italia ninguno se opusó a la movilización de los ejércitos, recientemente el correo nos trae la noticia que nuestros hermanos, los anarquistas de Italia, han sabido defender su ideal. Desmentido del todo la versión anti-anarquista.

Según nos informa el «Arbeiter Freund» de Londres, los anarquistas italianos, especialmente en las provincias de Milán y Nápoles habían resuelto declarar la huelga revolucionaria en cuanto se declarara la guerra.

Así han hecho.

La misma noche de haberse declarado la guerra, todo el pueblo estaba en pie «contra la guerra». Han recorrido las calles más centrales voceando contra el gobierno y contra todos los asesinos. Al pasar por las municipalidades las apedrearon. Las mujeres y los niños llevaban cartelones diciendo que los austriacos y alemanes son sus enemigos; sus únicos enemigos son los que los explotaban.

En menos de media hora y antes de que se acercaran las tropas, las barricadas fueron levantadas y todo el pueblo estaba en la calle dispuesto a morir asesinado por los sayones italianos antes que por los pretendidos «enemigos» contra quienes nada tenían.

Las tropas han llegado, y la primera víctima cayó: Un hermano nuestro asesinado.

Y su sangre derramada encolerizó más al pueblo. La sangre de Abel pide venganza y están dispuestos a tomarla.

Nuestros más valientes camaradas han sido arrestados inmediatamente. Son más de cien; ¡Quisá ya han sido fusilados!

Los periódicos anarquistas «atados», jencendados. No se permite nada «contra la guerra».

¡No! Nadie debe creer que en Italia ninguno se opusó a la guerra. Para poder pronunciar esta frase, primero habría que asesinar hasta el último de los anarquistas. Pero la raíz de las ideas no se extirpa, sus raigambres son muy hondas en el alma popular.

Pedro Kropotkin

Recibimos de Londres la noticia que este viejo camarada ya está restablecido de la enfermedad de que adolecía. De las dos operaciones que sufrió está curado.

Como hemos anunciado en estas mismas columnas, ya ha terminado su obra «Ética», que ha tenido que interrumpir cuando decayó.

L'Università Popolare

La censura en Italia se ceba en las publicaciones que se animan a seguir apareciendo legalmente, bajo el actual estado «guerrafondaio». La revista de Molinari es víctima de estas tropelías continuamente. Y eso que se trata de una publicación puramente científica y divulgadora. Creemos que en estos casos, es un error persistir. Hay mil formas de perdurar con más éxito que este adoptado por los compañeros de los países en guerra. Nuestra prensa no debe atarse a la ley nunca. Si la amordazan debe hacerse clandestina de manifiesto y folleto. Tranzar, no... Pues aunque transe, ya se ve, sólo por ser anarquista, caerá bajo el atropello, como cae la de Luis Molinari.

Lo que se lleva la guerra

Un boletín de información que se publica en Nueva York, comunica que en Londres han sido allanadas un gran número de imprentas bajo acusación de imprimir clandestinamente panfletos que enseñan al pueblo inglés lo que está costando la guerra en hombres y en millones. Dícese en ellos que la campaña de los Daily News lleva producida una erogación de más de setenta y cinco mil

liones de pesos oro, en concepto de buques hundidos y municiones gastadas.

Agregan que el nuevo plan de operaciones con su enorme movilización de tropas, costará, por lo menos, doscientos cincuenta millones de pesos oro sin que produzca compensaciones correlativas. La campaña de Egipto cuesta ya treinta millones sin que los ejércitos expedicionarios hayan logrado pasar del canal de Suez. La empresa colonial no les va en zaga a las anteriores, costando ya cien millones de pesos oro sin otros resultados que la conquista de una faja de terreno arenoso al sudoeste de África.

En cuanto a la guerra en el continente europeo, avances de poco más de una milla como el de Neuve Chapelle, han ocasionado alrededor de 12.000 muertos.

Esto, escuetamente expuesto, es lo que en realidad acarrea la guerra, que el go-

bierno no quiere ocultar, pero que el buen sentido de unos cuantos conscientes, clandestinamente, lo ha hecho público. Les han allanado las imprentas ahora, pero ya se ha corrido la voz con la rapidez de una ráfaga; todos los que habitan en esas islas de la Bretaña, Sabán que muchos amigos han muerto en el campo de batalla; que mientras ellos no tienen pan, el gobierno hace danzar millones... y esa noticia que alguno glosará en el «alterra» en las calles suburbanas, llegará hecha protesta a los soldaditos esos que están cuepeándose a las granadas. Ellos, que tanta flemma tienen según la voz corriente, se harán eco de ella y en un arranque de altivez dormida, cantando esa misma canción de ensueño que ahora entonan, se levantarán en armas por un nuevo «Tippetry»: La Anarquía...

ACTUALIDAD

Los caballeros...

Seguro: es más fácil que lo maten a uno en un rapto de ira, en la calle, que en el campo del honor, en frío. La violencia no es un estado latente en los individuos; salvo que sean criminales natos, originarios. Un puñetazo o un tiro, se va, se vuela, y se lo pesca cualquiera infeliz. Lo devuelve o no, según. De todos modos corre más riesgo el que se aboque a estos trances de lotería, que el que se ampare en un «código de caballeros» para morir o matar.

Es una invención para cobardones esta de «batirse», entonces. O para asesinos natos, originarios. Y esto en el caso, improbable, desmentido por mil veces, de que se tirara a darse los duelistas. Pero no se tiran a eso; ni por desquido. Son, pues, no sólo cobardes; también farsantes, los «caballeros».

La trompadaura al cronista de «La Razón», es un ejemplo de «belleza al diputado» Oyhanarte. Pero allí mismo, enseguida, antes que se le enfriara el pulso a ese infeliz. Mas, no señor; es un «caballero» el hombre. Y aporreado, y con las narices rotas, y escupido de desprecios, pide aún ir al campo del honor...

Para limpiarse, tal vez?... No y no! Para seguir «caballeros». Flojo y farsante...

Patriotismo socialista

El socialismo argentino se defiende, ahora. Y se defiende en aquello que los hombres de ideales ponen en último término, cuando no lo olvidan completamente: en su representación tangible, concreta, de carne y hueso. Se defiende en el cuero de la cabeza, en los lomos, de sus diputados.

Son patriotas, se han proclamado nacionalistas de primera agua, el miercoles. Más, habrá que descartar, por desgraciado, el sofisma que alegaron para llegar a esa «cumbre». Saltemos, pues, sobre esta manifestación del doctor Jus- te-estrechán, el gorro en nuestro escudo se estrechán, y los colores azul y blanco, son los símbolos más simpáticos que en ese orden existen en todo el mundo. Ay, sí; saltemos sobre esto porque es imbecil farsante y sinvergüenza. Vamos al sentido real, a los motivos, a la razón que le levantó la lengua como un

Subido en un aeroplano, que piloteaba un teniente de voladores, el Poeta dirige, dicen, la emisión de los petardos. Lo que no dicen es el estrago que hicieron. Pero hay que creer que fue horrible. Para cantado o pintado por un cantor o un pintor de los de Marinetti, futurista. Oh, la cólera de dios!...

Y lo vemos con su cuerpecito andrógino, divinamente mojado, lacio, como pera de agua. Y la emoción resonándole en la médula críspaturas melódicas, de jarra o de hembra. Lo vemos de pie, más luego, glorioso, con la punta de los dedos carbonizados, como un fuerte dios-poeta grabando versos. Lo vemos... ¡Aurora! ¡Aurora!

D'Annunzio, vuela... Mejor sería que rastrea. Que se metiera de pecho en las batallas, de cara a las bayonetas. Allí arriba, lo hay peligro, pues. Como no sea el de empararse de azul divino o derretirse de gusto, como hembra.

Rastrec, poeta hembra!

El pan... El mañana

Luchar por la libertad, el amor y la justicia; emancipar al hombre de los prejuicios de la ley y la moral; hacer que a este régimen de desigualdades sociales le suceda otro en que el pan de mañana no sea la constante preocupación del hombre, es luchar por dignificar y embellecer la vida, haciendo que con el triunfo del bien y la justicia ella responda al grado de superación alcanzado por el hombre.

Ese mañana problemático que a veces resuelve en tragedia nuestra existencia; ese pan ganado a costas de sin sabores y sacrificios, cuando no, sufriendo vejámenes y humillaciones miles; esa inseguridad de nuestra propia vida, consecuencia lógica del sistema económico que nos rige, es la causante directa de todos nuestros males, del embrutecimiento de todos nuestros sentidos, de esa vida semi-animal que nos obliga a llevar el régimen.

Con ansias febriles, con una fiebre loca, el hombre, el proletario o capitulista, artista o sabio solo procura poner a salvo el mañana; ese mañana que se ha convertido en la obsesión suicida de los hombres de este siglo; ese mañana que nos lleva a la mentira y a la justificación, a la prostitución y al crimen. El proletario, con resignación y mansedumbre tolera y sufre la explotación y el vejamen del capitalismo que le explota, para conservar el trabajo y poder percibir el mísero jornal que le asignan, y con él, precariamente atienden sus necesidades primarias.

